

Cine Popular



Warren
Kerrigan

20
cts.

Precios de Suscripción

ESPAÑA:
Un año. 10 ptas.
Seis meses. 5'50

EXTRANJERO:
Un año. 15 :
Seis meses. 8 :

Cine Popular

REVISTA
SEMANAL
ILUSTRADA

Barcelona 17 Sept. 1924

Año IV - Número 186

Redacción y Administración:
Calle de Barbará 15 - Apartado de
Correos número 925
- Teléfono 2753 A.

UN POCO DE CRÍTICA

LA ELEGANCIA

Vamos a hacer una confesión que acaso parezca inoportuna: no nos seduce la elegancia en el cine.

Si en una película no hay nada más que la elegancia de los artistas que la interpretan, esta película significa bien poco para el arte de la pantalla.

Cuando en una sala oímos decir a los espectadores: «Ella es muy elegante» o «La elegancia de él es muy señalada», sentimos un poco de malestar. La verdad. Nos gustaría mucho más oír decir: «¡Qué bien trabaja esa artista!» o «¡De qué modo más admirable representa él su papel!»

Nos parece que no cabe duda entre el arte y la elegancia. Siempre es preferible el arte. Por elegante que sea una artista, si hace mal los papeles, mal-dito si vale la pena. Sería mejor que fuese menos elegante y que interpretara mejor. Si se reúnen las dos cosas, el arte y la elegancia, tanto mejor. Pero de tener una cualidad sola, vale más que sea la artística. Hay en el mundo muchas gentes elegantes que aunque no vivieran sería igual. En cambio artistas hay muy pocos, tanto masculinos como femeninas.

Muchas señoras que acuden a las salas de espectáculos opinan de modo distinto. Claro es que se equivocan y que su opinión no debe ser tenida en cuenta. Si en verdad hay señoras que van al cine para ver los trajes de los hombres y mujeres que salen en la pantalla, también hay quien va a ver si encuentra un regalo de arte en lo

que interpretan. Y son estos últimos los que están en lo cierto.

El productor de películas que olvide lo que van a buscar los últimos para atender el gusto de las primeras, no pasará de ser un señor mediocre indigno de dirigir un film.

Hay muchas casas que se dedican ya a producir solamente género elegante, es decir, películas en las que los personajes visten con mucha elegancia. Dicho se está que eso no tiene nada que ver con el arte y que es merecedor de toda clase de censuras. El daño que ello ocasiona al arte de la pantalla es incalculable. Esas películas, llamadas blancas, y que sería mucho mejor llamarlas grises, quedarán como una mancha para el arte mudo.

Si este criterio fuese valedero, tanto valdría que en lugar de personas se pusieran en escena unos cuantos maniquíes vestidos a la última moda. Construidos con gusto, unos cuantos muñecos serían mucho más elegantes que los hombres y las mujeres.

Si se piensa que un muñeco puede substituir a un hombre, en seguida se advertirá toda la ramplonería de las películas que dan preferencia sólo a la elegancia.

En la pantalla, como en la vida, los hombres y las mujeres han de vivir sus pasiones y sus conflictos, y toda la trama de su existencia de modo natural y sencillo. La elegancia, todo lo más, será siempre una cosa subalterna, nunca lo principal. Hay

quien viste sencillamente con elegancia y eso está bien. Pero también hay quien no puede ser elegante y tiene una vida digna de servir de ejemplo a todo el mundo.

Casi ningún grande hombre de los que en el mundo han sido, se ha distinguido por la elegancia. Y tampoco, si bien se mira, ninguna de las mujeres que han pasado a la historia. Podían ser muy bellas, pero no forzosamente elegantes. La elegancia siempre, en estas criaturas selectas, ha sido secundaria. Eran, a lo mejor, naturalmente elegantes, que es todo lo contrario de la elegancia que sale en la pantalla, amanerada en general y artificial.

Producir películas sin nervio y sin vida, solamente para que salgan unas cuantas personas vestidas con una elegancia rebuscada, es una baja tarea. No merecen, los que para esto hacen servir el arte mudo, otra cosa que no sea crítica severa. No tienen disculpa. Y las señoras que van al cine a ver los trajes de la protagonista, podrán ser todo lo que se quiera, pero la comprensión del arte les ha sido negada. Para ver trajes sería mucho mejor que fuesen a un almacén de modas.

Si se cree que el arte cinematográfico no tiene más misión que ésa, lo sentimos por su porvenir. Se puede descuidar la elegancia, pero es imposible olvidar el arte. Si se olvida éste para atender sólo a aquella, ¿qué significará en lo futuro el arte mudo? Nada. Esa es la pura verdad.

Se dirá acaso que eso da mucho dinero. Perfectamente. Los pintores que ganan más son los que se dedican a hacer retratos.

Pero nadie les considera artistas. Si por ganar mucho dinero se abandona el arte, el cine pasará a ser un comercio y nada más. Entonces sí, podrá a sus anchas cultivar la elegancia,

puesto que ya no tendrá nada que ver con el arte. ¿Pero es esto lo que se persigue? Nos parece que no.

Hágase, pues, arte, y que en él, desde luego, tenga la elegancia su papel, pero de ninguna manera el papel principal, como ocurre ya en demasiadas películas, para descrédito del cine.

var a cabo en esa película. Ni un momento, sin embargo, flauea su seguridad. Pocas veces hemos visto una película tan bien interpretada. No hay grandes gestos ni escenas melodramáticas. Todo es como en la vida y los actores saben dar la plena sensación de ello. La artista que comparte con Schonberg el trabajo de esta pulcra interpretación—y de la cual otro día traremos el elogio—puede ponerte al lado de las mejores con que cuenta el arte de la pantalla. También ella disimula su amor, como el telegrafista, con perfecto dominio. La escena última de la obra, en que el amor irrumpie, está hecha, por los dos, de modo maravilloso.

Otro día diremos del trabajo de ella. Hoy, el elogio, pleno, es para Eugenio Schonberg.

ELOGIOS

De Eugenio Schonberg

Este artista sueco, al que le nadie toma en serio, pero a hemos visto hacer el papel de protagonista de la película *El telegrafista del pueblo* (1), la discreta comedia sacada de una novela admirable de Knut Hamsun, merece un elogio sincero y entusiasta de cuantos gusten del arte de la pantalla.

El personaje imaginado por Knut Hamsun, es de una complejidad, dentro de la aparente sencillez, verdaderamente extraordinaria. Se trata de un tipo del Norte de Europa, tan distinto del Mediodía, y Eugenio Schonberg, hombre del Norte, le ha sabido dar vida en la pantalla con una maestría y una gracia realmente admirables.

Estamos muy lejos, viendo trabajar a este actor, de lo que es corriente en el arte mudo. La producción de otros países, de Francia, de Norteamérica, de Italia, se diferencia grandemente de la producción sueca. Pero más aún se diferencian los actores. Conocemos a muy pocos artistas que hubieran podido, con tan acabada naturalidad como Schonberg, interpretar el hombre imaginado por el célebre novelista noruego.

Ese vagabundo moral, si así puede decirse, que es el protagonista de la película *El telegrafista del pueblo*, ese soñador, ese hombre que se enamora a cada paso y que cuando más ama es cuando intenta demostrar lo contrario, ese inventor a quien

Verdaderamente es un papel con muchos matices el que Eugenio Schonberg tiene que lle-

(1) El argumento de esta bonita película lo publica esta semana **Novela Popular Cinematográfica**.



Perla Blanca

EL HALCON

En estos meses en que todas las compañías productoras están empeñadas en rivalizar, ya no por la cantidad sino por la calidad del espectáculo que presentan, correspondía a «First National» el llevar al lienzo una cinta digna por todos conceptos de figurar junto a las «grandes» del corriente año. Basada en una novela de Sabatini y encomendada al buen gusto de Frank Lloyd, *El halcón* no tiene precedente—por su carácter de película marina—en la historia cinematográfica.

Dos impresiones distintas deja en el ánimo esta producción: la belleza, fidelidad e interés de sus escenas y la inspiración que la magnitud de la obra dió a Milton Sills, hasta la fecha un actor laborioso e inteligente, pero sin distinguirse ni con mucho por su trabajo interpretativo.

La presentación de la cinta es

de lo más costoso que se haya visto por estas pantallas, donde es proverbial el derroche. Pero en este caso particular, los recursos fueron puestos en buenas manos. Lloyd no es sólo un director realista y concededor, sino un hombre de imaginación, como lo viene demostrando desde que hizo *Madame X*, *Los miserables*, *Cenizas de venganza* y otros fotodramas de calibre.

El argumento de *El halcón* está arrancado a las páginas de gloria de la dominación española en el mar, cuando las galeras propulsadas por remeros desafiaban las tempestades y la piratería. Hay capítulos tan vívidos y tan bellos en este fotodrama que—a pesar de su enorme metraje—el espectador quisiera ver más...

Cuatro galeras — una de las cuales lleva el orgulloso emblema español—toman parte en un

combate durante el cual los corsarios moros se apoderan del navío hispano y, en esa y en otras luchas por el estilo, la maestría de la dirección arrastra el espíritu a otras épocas y a otros hombres, de modo que se resucitan ante los ojos episodios enteros de codicia y de sangre. Uno de los detalles más efectivos es el espectáculo de los galotes inclinados sobre los remos y bajo el azote, encadenados al banco y al hambre.

Otro espectáculo singularmente atractivo es el que representa los dominios del moro Asad-ed-Din en Argel, que sin duda despertará en la imaginación de muchos, la memoria de la odisea de Cervantes.

No falta un duelo a espada—característico en todas las cintas de esta especie,—pero que, por el buen manejo del tema, se aparta triunfalmente del camino trillado.

La pompa, el lujo, la propiedad del vestuario, el interés constante del desarrollo del argumento; todo coopera a poner a esta cinta por encima de la gran mayoría. Wallace Beery trabaja como él sabe hacerlo. Enid Bennett también está a la altura de las exigencias de la obra. Lo mismo Mac Dermott y Frank Curiel. Y el director merece un aplauso adicional por el cuidado con que eligió y vistió a todas las segundas partes.

De propósito hemos aludido a lo culminante de la obra, sin detenernos a relatar el argumento, porque sería injusto dejar a la narración el solo mérito de esta película, que abunda en otros y de la que con razón puede enorgullecerse la cinematografía norteamericana.



Rodolfo Valentino

No pase sin leer detenidamente nuestras columnas de información recibida directamente para esta revista

CINEGRÁFICAS

«La isla de la vita»

La «Universal» va a hacer la adaptación cinematográfica de la famosa novela de costumbres italianas *La isla de la vita*, del conocido autor Stephens French Whitman. El intérprete principal de la obra será el famoso House Peters, que tanto éxito alcanzó en *La tormenta* y *Corazones humanos*.

Un hombre de acción

Davis Bader, el director de publicidad de las comedias «Century» salió en un viaje de estudio por todo el mundo. En la actualidad se encuentra en Inglaterra, en donde ha dirigido la presentación de varias producciones de Baby Peggy.

El señor Bader probablemente de Inglaterra irá a Alemania, España, Francia e Italia.

Su misión es estudiar la presentación de las películas americanas en los diferentes países del mundo.

Comienza la cinta «Los maridos de Edith»

Reginald Denny acaba de empezar a filmar una nueva película titulada *Los maridos de Edith*.

El argumento es de George Ban Mac Cutcheon. Laura La Plante va a tomar parte en esta película.

La encantadora rubia será seguramente la que dispondrá de varios maridos.

«El vino»

Grace Carlyle acaba de ser contratada para interpretar una película «Universal» titulada *El vino*, película que se está filmando bajo la dirección de Louis Gasnier y de su autor William Mac Harg.

Una adaptación cinematográfica

King Baggot, el famoso direc-

tor que acaba de terminar una nueva película de Mary Philbin, va a dirigir a House Peters en la adaptación cinematográfica de un drama de Lincoln G. Carter, titulado *La tumba*.

Una artista inglesa

Doris Stone, célebre artista inglesa que hace unos dos meses llegó a Hollywood, ha sido contratada por Julius Stern, director de las célebres comedias «Century» como primera actriz para interpretar varias películas con Harry Mac Coy, el famoso comediante.

Baby Peggy en «El secreto de familia»

Baby Peggy, la nena del cine-ma, que tanto éxito alcanzó en su última película *El encanto de Nueva York*, está terminando otra nueva producción titulada *El secreto de familia*.

Es una adaptación de una novela de la conocida escritora inglesa Francis Hodgeson Burnett. La dirección está a cargo de William Leiter.

Laemmle dirige «La flor de Nápoles»

Eduardo Laemmle está dirigiendo una película titulada *La flor de Nápoles*.

Es un argumento original de Gerald Beaumont y la interpretación está a cargo del popular actor Herbert Rawlinson y de la bella actriz Madge Bellmay.

Free W. Green hacia Europa

Fred W. Green, miembro del departamento de explotación de las películas de la «Paramount» en la oficina principal de Nueva York, acaba de partir para Francia con el objeto de hacerse cargo de la gerencia del departamento de explotación y propaganda, en la oficina de París, la cual está bajo la dirección de Adolphe Osso, según anunció recientemente mister Shauer, director del departamento extranjero de la empresa Famous Players-Lasky Corporation, productora de las películas que llevan el nombre genérico de «Paramount».

No deje de leer nuestras informaciones de París y New York

ACABA DE PUBLICARSE!

RADIOTELEFONIA PARA TODOS

Manual del radio-escucha y del constructor de estaciones de T. S. H. por el Director de la Escuela de Ingenieros Eléctricistas de Weimar,

W. E. ECKARDT

Precio del ejemplar

0'75 PTS.

Esta obra enseña sin necesidad de ningún conocimiento previo a construir y utilizar por sí mismo, con un coste reducido, una magnífica estación receptora de T. S. H. :

AL OÍDO**Una fotografía
ejemplar**

Toma ejemplo, mujer.

Esta fotografía es un idilio. Tú crees, mujer, en los idilios? De novios, aun aun.

¿De casados?... El idilio, dicen los enterados por propia experiencia, que comienza a desvanecerse apenas se sale de la iglesia y se comienza a olvidar la emoción del altar.

¡Marido y mujer es cosa tan distinta de novio y novia!

Toma ejemplo, mujer, de esa escena cinematográfica. El milagro de nuestra vida, el triunfo, consiste en mantener el idilio cuando la luz se hizo o cuando la luz se apagó.

Ethel Grey Terry es la estrella que ves ahí en una encantadora escena de amor.

¡Ay si la vida fuera como el cinematógrafo!

Por más que, el que esto escribe, desde que leyó el famoso libro de Huysman *Al revés*, cree que todo es posible en la vida, con tal que nuestra imaginación —la voluntad es lo de menos— se lo proponga.

Pero no olvides que la escena en cuestión está tomada, mujer, de una fábula que se llama *Una esposa fiel*.

Y esto —no te enfades, mujer— es algo realmente fabuloso, al menos en las «altas mansiones».

Después dirán los ultramoralistas que el cinematógrafo no es saludable para la educación.

Ya lo ves, lectora: en el cinematógrafo, igualito que en la vida, también aparecen, de vez en vez, matrimonios que se entienden y que se quieren.

¡Qué raro!

Aquí anda la mano de la postguerra que todo lo ha cambiado.

Juan Auro

~~~~~  
**Artistas rusos ante  
una película**

Los aplausos a la conclusión de una escena en el estudio ci-

nematográfico son cosa rara, mas no improbable, como se ha demostrado durante la visita que hicieron al estudio de la «Paramount» treinta y cuatro miembros de la compañía del Teatro de Arte de Moscou (Rusia), mientras se estaban impresionando las escenas de la película *Monsieur Beaucaire*, en la que Rodolfo Valentino desempeña el papel de protagonista bajo la dirección de Sidney Olcott.

La escena en que los intérpretes de *Monsieur Beaucaire* recibieron el aplauso unánime y espontáneo de los artistas rusos, fué la que se desarrolla en el «boudoir» de la reina, en el palacio de Versalles, interpretada por Lois Wilson en el papel de Reina, y Bebe Daniels en el de Princesa de Borbón-Conti. En esta escena, la Reina y la Princesa, acompañadas de las damas de la corte, reciben al duque de Orleans (Rodolfo Valentino) y al Rey Luis XV (Lowell Sherman).

Constantino Stanislavsky, director de los artistas rusos, se expresó en términos sumamente halagüeños para los intérpretes y directores de la película, en particular, y para el teatro cinematográfico en general. He aquí como se expresó el ilustre director del teatro de Arte de Moscou:

«No he visto nada en el teatro americano que pueda compararse en perfección y excelencia a la forma en que se producen las obras cinematográficas en los estudios de Norteamérica. Los directores cinematográficos han logrado obtener una disciplina, que bien podría llamarse militar, muy parecida a la que tenemos en nuestro teatro ruso. El respeto y consideración que los actores y obreros del estudio tienen hacia el director es admirable, y tengo para mí que a esto se debe en gran parte el alto grado de perfección que han alcanzado las películas en los Estados Unidos».



# Sobre el gran Cecil B. de Mille

Cecil B. de Mille es ya una institución en el cinema americano, y su escuela, una especialidad que no puede mixtificarse. Tres características predominan en todos sus dramas: en primer término, siempre comienzan con una escena sensacional que despierta todas las fibras de nuestro sentir y nos hace compenetrarnos instantáneamente con el genio del director que en un momento nos impresiona con los héroes de sus magnas producciones. Luego, basando los acontecimientos sucesivos sobre esa impresión que la primera escena nos ha causado, vemos como cada tipo delinea su carácter a través del desarrollo de la trama interesantísima, y en todos momentos la multitud de detalles que él va presentando forma una psicología especialísima que marca la película con el sello indiscutible de las producciones de Cecil B. de Mille.

Cuando la heroína de sus películas era Gloria Swanson, él sabía buscar aquellas arrogancias de estilo que como en *Macho y hembra* deslumbran al público tantas veces como se presentan en el lienzo. Desde que Leatrice Joy es la protagonista de sus creaciones, él busca heroínas sentimentales que lleven en el fondo de su alma algo de rebeldía y algo de apasionamiento que las hace doblemente adorables. De todos modos, su arte díctil a todas las modalidades prevalece con todo el encanto que las peculiaridades de sus inspiraciones implican.

*La noche del sábado* presenta un aspecto del problema que tan maravillosamente se delineó en *Macho y hembra*. Allí vemos como los héroes y heroínas de la novela se salvaron de equivocarse casándose con personas de distinta esfera y distinto medio a los suyos. En *La noche del sábado* es distinto, porque ellos llegan a casarse, y es entonces

que vemos las contrariedades que luego surgen.

Si otro director y con otros personajes y otra presentación nos hubiera contado desde el lienzo del cinema la historia en que una heroína acaudalada se fuga con su chauffeur y un joven de la mejor sociedad se casa con la hija de la lavandera, nos hubiera parecido absurdo y hasta disparatado, pero, no sucede esto cuando es De Mille quien dirige la película, porque él va formando una aureola alrededor de la heroína que la hace posiblemente candidata al amor de su chauffeur, y va presentando a este arrogante mozo en cierta forma que motiva que cualquiera de las mujeres que están en el teatro se sientan igualmente culpables que Leatrice Joy y se crean igualmente capaces de fugarse con el arrogante driver si llegara el caso. Porque, piense el lector en una mujer acostumbrada a tratarse exclusivamente con chiquillos gomosos de sociedad y encontrarse de pronto ante un hombre fuerte que en un momento dado y por su propio impulso con la fuerza de sus brazos la salva de una muerte segura. Imagine la lectora el sentir de esta mujer apasionada contra el valeroso corazón de ese héroe y considérese el hecho de que lo

único legítimo que existe en la vida es el dolor, y piense como en el angustioso momento en que se creía perdida, en los brazos de aquel hombre encontró tanto consuelo y salvación; y nos daremos cuenta de que, presentada de ese modo la trama de esta creación nadie puede creer absurdo lo que en ella pase.

La sorpresa y el choque de todo lo nuevo y desagradable que la vida de la pobreza implícá, está también admirablemente demostrado, cuando el trepidar del tren elevado que pasa pegadito a la ventana crispa los nervios de la muchacha que había estado acostumbrada a vivir en una amplia residencia en una ancha avenida.

Luego ocurre que comienza la asociación del antiguo chauffeur con la hija de la lavandera y de la muchacha acaudalada con su anterior prometido, y sin darse cuenta de cómo se efectúan estos procesos mentales, las comparaciones surgen en la mente y la inclinación natural de cada ser hacia su igual va paulatinamente formando nuevos lazos que culminan en una escena altamente sensacional, cuando el chauffeur invita a la esposa de su amigo a pasarse con él la noche del sábado en Coney Island, y ocurre que la rueda giratoria donde ambos suben se interrumpe cuando ellos se encuentran arriba, y allí esperando que compongan dicho aparato, les sorprende la alborada. Por fin llegan a la casa y allí se encuentran los esposos de las dos muchachas. Se piden explicaciones y se suscita una reyerta en que los dos hombres se acometen intensamente, hasta que, por casualidad se prende fuego en la casa y cuando las llamas todo lo amenazan, el chauffeur carga con la esposa de su amigo y sin que éste pueda evitarlo, la salva, dejando a su propia mujer a merced del incendio.

**DEPILATORIO BORRELL**

Este producto quita el pelo ó vello y mata la raíz sin irritar el cutis.

**A. BORRELL**

Avda. 52 - Barcelona  
y en todos los perfumeros

Se remite discretamente por correo certificado, anticipando 4-50 Pts en billetes de 50.

Estos hechos dan por terminados los infortunios que la frivolidad del momento habían causado y el doble divorcio arregla las cosas de modo que Iris, la hija del acaudalado caballero, se casa con aquel rico muchacho que había sido su prometido, y Mae Guire, el chauffeur, toma por esposa a la hija de la lavanda.

El matrimonio criado en el medio ambiente que encuentra diversión en subirse cada sábado por la noche en la rueda gigante de Coney Island, en comer «fritas» en los puestos y en vivir en la estrecha sala de un departamento pegado al elevado, buscó en esas diversiones su

felicidad superficial, y aquellos otros dos, que refinados y acostumbrados a otro medio, soñaban con un buen concierto o un buen libro, obtuvieron también de la vida lo que en ella buscaban.

Pero, entretanto, los admiradores de la encantadora Leatrice Joy la hemos visto crear otro de esos papeles inolvidables en que ella sabe poner en cada momento que pasa algo de su temperamento artístico y pasional; y aprendemos cómo la cooperación de una estrella gentil como Edith Roberts y de un galán joven como el arrogante Conrad Nagel pueden hacer de un drama una verdadera joya artística.

#### Trivialidades y accesorios del cinematógrafo

## Historia del abanico

En el ambiente perfumado de un salón aristocrático, el ris-faces agitándose en igual forrás del varillaje de sándalo o de marfil es complemento obligado de la seducción femenina, apagando el rumor de una galantería indiscreta, o dando tácita respuesta a una frase de amor, que ha hecho florecer dos rosas primaverales en las mejillas de una bella.

¿Cuál es el origen de esta deliciosa arma de la coquetería femenina?

Cuenta una poética tradición china, que hallándose un día la linda Kan Si (Flor de jazmín) participando de la fiesta de los crisantemos, comenzó a molestarla el calor, en tal forma, que contrariando la ley que prohibía a las damas de alto rango despojarse en público de su antifaz, descubrió su hechicero rostro.

Temerosa de mostrar sus facciones a los profanos, agitó con rapidez el trocito de seda adornado de encajes, proporcionándose a la vez el fresco apetecido. En el acto, cuantas damas presenciaron la audaz innova-

ción, despojáronse de sus antifaces agitándolos en igual forma... ¡Había comenzado el reinado del abanico!

Desde esta época remota hasta el imperio actual del abanico de costosas plumas tropicales, con varillas que son verdaderas joyas de carey o de marfil incrustadas de piedras preciosas, el administrículo que tanto contribuye a las práciosas actitudes de la mujer en sociedad, ha sufrido muchas transformaciones.

Catalina de Médicis y sus damas hacían incrustar en él un espejito que les servía para arreglarse el cabello o retocar sus pinturas, llevándolo únicamente en el verano.

Habiendo interrogado cierta vez a Cristina de Suecia:

—¿No podríamos extender su uso a la estación invernal?

—Para qué? — fué la ruda contestación de la hija de Gustavo Adolfo. —¿No se encarga la naturaleza de suplirlo?

Su opinión no hizo mella en la coquetería de las favoritas del rey Sol, quienes, desoyendo sus consejos, dieron en usarlo como

juguete precioso en las suntuosas recepciones de la corte durante el invierno.

Hacia el siglo XVII comenzaron a montarse en varillas de madera, y artistas como Fragonard, Watteau y Boucher, se inspiraron en asuntos galantes y mitológicos para decorar con maravillosas pinturas los abanicos de las damas más bellas y aristocráticas de la época.

En tiempos de Luis XV, la etiqueta prohibía a las damas de la corte que abrieran sus abanicos en presencia de la reina y causó verdadero escándalo en Versalles el que la condesa de Egmont, en un instante de olvido y sabe Dios por qué causa, lo descubrió para cubrirse el ruborizado rostro. El padre de la misma, mariscal de Richelieu, que era un esclavo de la etiqueta palaciega, sufrió verdadera humillación ante el cuchicheo de las duquesas; sólo los reyes, con verdadera indulgencia, no quisieron advertir el lance.

Siempre sirvió el abanico para llamar al orden a los enamorados, y muchas de nuestras abuelas debieron golpear con ellos los dedos indiscretos, puesto que nos legaron muchos abanicos con las varillas rotas.

También intervinieron en trágicas escenas, tal el que dejara caer Carlota Corday ante la bañera de Murat y que figuró como pieza de convicción en el proceso incoado a la heroína de la revolución.

Hay abanicos tan célebres como los cuadros más notables: uno de ellos es de la duquesa de Besano, época de Napoleón III, que representa una «Fiesta en Citera», firmada por Watteau, y el de la duquesa de Sagan, que tiene pintada «La feria de los besos», por Boucher.

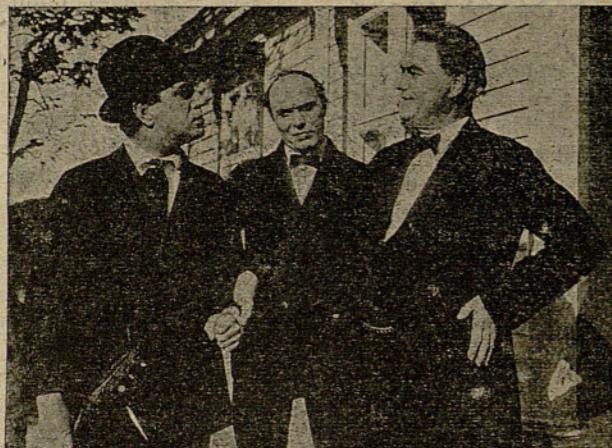
El abanico tuvo un eclipse momentáneo, pero actualmente impera soberano, completando con una nota deliciosamente femenina el suntuoso atavío de fiesta y dejando oír a intervalos el ris-ras de sus varillas, elocuente como un poema.

Petronio

# El telegrafista del pueblo

La casa «Gaumont», atenta siempre a ofrecer en su programa una selección de películas de todo el mundo, nos ha dado a conocer recientemente *El telegrafista del pueblo*, producción sueca, hecho con esa maestría y esa ponderación a que nos tienen acostumbrados los países del norte de Europa.

*El telegrafista del pueblo* está basada en la novela *Soñadores*, del famoso novelista noruego Knut Hamsun, premio Nobel de literatura.



Quien conozca esta novela, que ha sido traducida al castellano, y vea la película, advertirá que, si no por completo, pues es imposible llevar a la pantalla una obra literaria en la que predominan los análisis psicológicos de modo acabado, lo principal de la obra si ha sido reflejado con fidelidad y acierto. La trama, el conflicto y el desarrollo, son idénticos en la novela y en la película. Lo cual supone un gran elogio para los productores de la misma.

gabundo de índole moral, dicharrero, divagador, inventor, en fin.

Su amor por la hija del capitalista del pueblo, es la pasión dominante. Esta, que le ama también, por mal entendido orgullo le da una mala respuesta cuando él se le declara. Empieza desde entonces una lucha callada, pero llena de matices, en la que el protagonista, orgulloso también, quiere vengarse de aquel desprecio.

El espectáculo de estos dos

seres que se aman y que simulan aborrecerse, está lleno de observaciones de índole psicológica aplicable a casi todos los enamorados del mundo.

*El telegrafista del pueblo*, no siendo por entero la novela, no desmerece de ella. Un acierto continuo ha presidido el trabajo de los adaptadores. Vemos el tipo central de la obra, el telegrafista, tal como lo pinta el autor del libro. Soñador, enamorado, informal al parecer, va-

puede explotarlo porque carece de dinero para ello. Nuevo problema. Entonces, soñador, da un paso loco, completamente de acuerdo con su psicología. Se

que él no es el ladrón viene a echar por tierra todos sus planes.

Después de muchos días le encuentran y le hacen volver al pueblo. El capitalista no puede pasar por la burla de que le ha hecho víctima. Está decidido a meterle en la cárcel. La hija que simula aborrecer al telegrafista, pero que le ama, interviene para que no lo manden a la cárcel. Y así, cuando el telegrafista llega y entra en el despacho del ricachón, se lo dice éste ingenua-

perando. Pero él, triunfador ya, quiere devolver a la joven el desprecio que de ella recibiera. Y a las palabras amables de ella, contesta con unas frases secas, duras. ¡Admirable observación del amor!

Para celebrar la nueva firma del telegrafista unido al capitalista se celebra un banquete. Todos rodean al héroe. El está en sus glorias. Pero tiene la pena de que la amada ni siquiera le ha dirigido una mirada. Al fin, después de una tempestad en



Pero los protagonistas de esta película, naturales de un país norteño, obran sencillamente sin gestos melodramáticos, como pudiera hacer un natural de países del sur, más ruidoso y actor y de menos sencillez en los sentimientos de naturaleza fina.

Por esto la película se nos aparece tan admirable. Advertimos en ella cualidades humanas que nosotros no poseemos de manera tan señalada, o, al menos, las poseemos con características muy distintas.

El telegrafista sueña desde entonces con más fervor en llevar a cabo su invento con el cual lo grará hacerse respetar, no sólo del padre de la mujer que le ha despreciado, sino también de todos los capitalistas del contorno.

Realiza su invento, pero no

acusa de un robo que no ha realizado porque ofrecen la cantidad precisamente que él necesita al que presente al ladrón o aun al mismo ladrón, si es éste quien se presenta. El robado es el padre de la mujer amada. ¡Qué importa! El caso es realizar el sueño.

Pierde su empleo por este hecho y casi todos sus amigos le abandonan. El se va a la montaña, a estudiar un salto de agua que piensa aprovechar para su invento.

Un incendio en la casa de un pescador descubre al verdadero ladrón. El telegrafista se entera y huye a lo más quebrado de la montaña para que no le encuentren. Está esperando entonces contestación a un telegrama enviado a Londres respecto a su invento. El descubrimiento de



que todo parecía romperse entre ellos, irrumpió, como no podía menos de suceder, pujante e impetuoso, el amor.

Y fina la obra.

Son dos grandes artistas quienes la interpretan y ello la avanza grandemente.

Todos cuantos gusten del arte de la pantalla, deben reconocer el buen gusto de la marca «Gaumont» para escoger, de todo el mundo, bellas obras del arte mundo para su programa. *El telegrafista del pueblo* es una nueva prueba de ese buen gusto.

## ILLUSION

(Hojas de un Diario)

—¿No sabes? Luis se ha suicidado.

Mentiría si dijese que la noticia me sobrecogió.

—Lo esperaba. ¿Cuándo?

—Ahora mismo. Me lo dijo Pepe Heredia, que iba a poner unos telegramas a la familia. Voy a verle. ¿Venes?

Seguí a mi amigo maquinalmente. En el camino, el hilo invisible de los razonamientos me llevó a una consecuencia que me hizo dar un grito.

—¿Qué te pasa, Manolo?

—¡Es horroroso! A Luis le he matado yo.

Mi amigo me miró con un gesto de curiosidad temerosa, que parecía decir: «¿Estará loco?»

No. No estaba loco. Luego lo supe. Tenía razón. ¡Yo asesiné a aquel pobre muchacho!

Estas cuartillas te dirán, lector, la tragedia formidable cuya mecha encendí sin darme cuenta, y que, en su explosión, destrazó de un balazo el cráneo de mi amigo Luis.

Las recogí junto a su cuerpo, aun caliente. Acaso para llevarme una, hube de apartar la mano crispada que estaba sobre ella. Quizá para apoderarme de otra cerré los ojos para no ver la mirada de aquel rostro sanguinario, terrible, acusador...

¡Qué miedo tengo! ¡Qué miedo y qué remordimiento! Hoy necesito, quiero, exijo que lo sepaís todo. Acaso así aprendáis a no ser profanadores de la fe, verdugos de la ilusión... ¡Pobre Luis!

Atended sus cuartillas:

...  
¿Por qué hube de avergonzarme? ¿Por qué enrojecí y bajé los ojos? No sé nada. No entiendo nada. Sólo recuerdo que me costó mucho, mucho, afirmar:

—Sí. Me gusta el cine.

Después comprendí el por qué.

Efectivamente. Es una deshonra, es un estigma ser admirador de una cosa tan cándidamente cursi como el cine. A los ojos de la gente, de esa gente que enronquece en los toros gritando y se rompe las manos en el football aplaudiendo, nuestra afición entusiástica, perseverante, fanática, febril, tiene toda la ridículo de una manía inocente.

Diríase que desahogan en nosotros, como un insulto, toda la rabia que les causa la espiritualidad vencedora, el idealismo triunfante. Cosas que ellos ¡ay! no pueden comprender; pero que es algo mil veces más grande de que todos sus instintos y todas sus tendencias, grosería que asoma su impulso por entre el forro de arte y de sport con que la forran.

Romanticismo. Sentimentalidad. ¡Qué cosas tan ruines! Ecce-homo expuesto a la burla de la plebe; Quijote satirizado por los Panzas más burdos. Yo he oido siempre: «Un romántico? Un imbécil!»

Pero dejaré este terreno. Llenaría mi Diario y aun no cabría en él toda la amargura que la hiel de muchos desprecios amontonó en mí. Sigamos.

Ante la mirada burlona de los amigos, más tímida aún que antes, me atreví a repetir mi confesión:

—Sí. Me gusta. Me gusta mucho. Más que nada quizás...

Si hubiera habido algo capaz de avergonzarme más de lo que estaba, aquella carcajada unánime y ruidosa lo hubiera logrado. Luego, hube de oír pacientemente mil apreciaciones sacrilegas, bastardas.

—Dejad que se divierta el niño... ¡Ay!...

—Ya. Lo que a tí te gusta, más que el cine, es la obscuridad.

—No me lo explico. Como no tengas allí la novia...

Instintivamente mis ojos bajos se volvieron hacia el carteón-anuncio que nos servía de biombo en el centro de la calle.

Y vieron otros ojos negros, magníficos, de ensueño, de perverción y de locura... «Lucy Doriané...» La mirada del retrato me animó muchísimo. Desafié, erguido, todos los escarnios.

—¡Ah! Comprendo. ¡Te gustan las artistas! ¡Pues todas son unas...! Vente con nosotros y siquiera las verás al natural.

¡Lucy! ¡Lucy! ¡Cómo me dolió el insulto aquel! Si yo hubiera sido capaz de matar a un hombre, te juro que no hubiese soportado luego tu segunda mirada, aquella mirada triste que parecía reprocharme mi cobardía.

¡Qué cobarde soy! ¿Es que un hombre no debe defender sus convicciones? Sí. Puede y debe. Pero yo no supe.

En mi humillación debía estar tan confuso, tan dolorido, que inspiré lástima a Manolo Rey. Manolo Rey era, de mis amigos, el más franco, el más fuerte y el más leal. Un verdadero «equilibrado» que como a enfermo me consideraba y que se había propuesto curar mi abulia. Mil veces me lo dijo:

—Mira. Yo no puedo reírme de tus cosas. Es más: las siento. Son una enfermedad... ¿sabes? Una enfermedad que hay que curar con cariño y con suavidad; con paz que calme, no con ironía que exaspere. ¡Yo te salvaré!

¡Qué bueno es Manolo! Hoy me ha evitado un mal rato. Con su opinión, que es orden para todos, ha dicho:

—Dejadle. Sois unos brutos.

Cada uno tiene su gusto. Y, gusto por gusto, creedme, el suyo es más noble. Adiós, Luisito. No hagas caso de nada, ¿oyes? A la salida del cine te espero.

He corrido como chiquillo en libertad. He sacado, gozoso, mi localidad. He gozado y he sufrido mucho con la ficción emotiva de *Horas de angustia*. Y el cine, mi gran remedio, me ha vomitado a la salida, transformado, optimista...

Sin esperar a nadie me he ido a casa. Y tumbado boca arriba en la cama saboreo mi ensueño. Anochece. Un rostro, compendio de mis ambiciones y de mis sentimientos, sonríe en la penumbra. Le conozco. Le he visto muchas veces. Hoy, en *Horas de angustia*. Otros días en *Eminah, Cherchez la femme y ¿Por qué lo mató?*... ¡Qué mujer! ¡Qué mujer y qué artista!

Me ha asaltado una idea. Enciendo y, frenético, me pongo a escribir: «Mi admirada Lucy: Perdone que un desconocido...»

Cuando he echado la carta al correo parece haberseme quitado un peso de encima. Ahora, escribiendo en mi Diario, soy feliz y me forjó mil esperanzas. El caso es que Mañolo Rey me estará esperando. ¡Bah! Mañana se lo contaré todo. Ese me comprende y, como siempre, tendrá para mí ilusión su sonrisa de benevolencia y de tristeza, que, una vez más, me dirá: «¡Qué loco! ¡Pero qué loco!»

Soy feliz, completamente feliz. ¿Sabéis por qué? Muy poca cosa. ¡Es tan sencilla la felicidad! Acabo de recibir una carta. Está ahí, sobre la mesa. Veréis. Es un retrato, busto de mujer morena y bonita, con una boca sensual que sonríe y unos ojos...

¡Oh, los ojos! Si en un concurso de los que se organizan por las revistas, tan raros, tan originales, figurase uno de ojos y en él se encontrase este par, demoníaco, profundo, maravilloso, de Lucy Dorraine, los distinguiría sin vacilar. Son inconfundibles, incomparables. Y ahora estos ojos me miran, fijos, in-

quietantes, cariñosos, reflejando un destello que descubre un alma, en que leo la misma dedicatoria que aparece al pie de la cartulina:

«A mi buen amigo Luis, para que le sirva de ánimo. Lucy.»

No me canso de mirar el retrato. Si dejo de hacerlo es, invariablemente, para leer la carta...

¡Qué carta! Siempre nueva, cada vez descubro en ella una alegría más. Es larga, muy larga y muy literaria. Tiene párrafos bellísimos en que juguetea la idea; sabios consejos de consuelo y de aliento; frases benditas de esperanza y de amor...

¡De amor! ¿He dicho de amor? Sí. Locamente enamorado de Lucy; lo descubro ahora al repasar un periodo que, sin saber por qué, me hace temblar: «Espere usted. No conceptúe nada imposible. Convierta en caudales de acción su tesoro de sentimentalismo ilusorio. ¡Véngase! No sé porque siento, al leer su carta, ingenua, exaltada, algo, como un aleteo de sinceridad que me anima a ampararle y estimarle...»

¡Y esto es verdad! ¿No es para volverse loco? Mi cerebro se agranda para contener un mundo de ambiciones. ¡Gloria!... ¡Amor!... Divinas ansias que me agitáis: decidme que no es mentira; decidme que me traéis la vida, que no sueño, que esa palabra «véngase» la escribió ella y la escribió para mí.

¡Me han matado! Sin quererlo, acaso, creyendo que me cubraban, pero me han matado.

¡Todo mentira! ¡Pobres ilusiones mías, deshechas al soplo de la verdad! ¡Qué frío tengo! Como si toda el alma se me hubiera escapado con el desengaño, siento el hielo interior de un cadáver viviente.

Voy a contarlo. Experimento algo así como un placer sádico al desgarrar más mi herida con el puñal del recuerdo. Veréis cómo fué.

Después de recibir la carta, yo era otro hombre. Me movía,

trabajaba, reía, gozaba... Manolo Rey parecía satisfecho de mi transformación. «Vaya—me decía.—Ya te curé. ¿Ves qué sencillo?»

Enigmático, yo callaba y levantaba, al calor de mis esperanzas, el alcázar soberbio del porvenir. Acaricié mil planes. Hice tomar forma a cien proyectos. Y luego de mucho pensar, adopté uno que forjé con trozos de corazón y amasé con raudales de voluntad. Como una novia que prepara el equipo, cuidaba yo, detalle por detalle del gran suceso de mi vida.

Ya estaba hecho. Pensé el viaje, investigué, consulté, analicé, y aquella promesa también fué realidad. La fantasía había cristalizado.

Entonces fué cuando le dije a Manolo:

—Mira, chico, yo me marcho.

Quedó estupefacto. Le vi temblar, él, tan dueño de sí, tan sereno.

—¿Qué pasa?—le pregunté.

—Vamos. Ven a mi casa. Tenemos que hablar.

Le seguí con angustia. Tenía el presentimiento de que se iba a jugar mi vida. Y así fué.

Conmovido, observando el efecto de sus palabras, con arranques de sinceridad soberbios, me lo contó todo.

Aquello había sido una farsa. Sólo mi fiebre, mi delirio de neurasténico había podido admitirlo como verdadero.

Era que él, nuevo Sansón Carrasco, había querido darme la gran lección; hacerme ver la verdad; despojarme de mis tonterías con un contraste; convertirme en un hombre matando al iluso. El escribió la carta. El urdió el engaño...

¡Pero qué culpa tiene él! Me ha matado. Yo siento que me ha matado. Y él lo siente también, porque se asusta de mi palidez y me rodea de mimos, como queriendo reparar, horrorizado, el daño que hizo...

Lloro... Estoy como loco. Y le perdonó. Ha sido muy cruel, pero le perdonó.

He vuelto a casa tambaleando

me como un beodo. El retrato de Lucy parece, sobre la mesa, una ironía. Lo rompo y, sollozante, convulso, caigo sobre la cama.

¡Adiós, ilusión! ¡Adiós todo! ¡Cómo habré sido tan ciego! Todos los sueños de ayer, hechos decepciones, me abrumán, me ahogan, me asfixian. ¡Todo acabó!

Y he de vivir así, alimentándome de espejismos que luego me atormentarán más, renovando continuamente las luces de la esperanza, fugacidades que luego dejarán el camino de sombra?

¡Para qué! Manolo Rey tiene razón. Soy un enfermo. Soy un inútil, un tornillo descentrado en el engranaje de la sociedad, que no se amolda a los rozamientos

ni a las asperezas de su situación; que lucha por encajar en un hueco que no encontrará más que en una fosa. ¡Bah! Ahora veo claro. No merece la pena vivir así. No puedo, no quiero vivir así... El cine, mi único medio, es mentira también.

Aquí tengo una pistola. La compré influenciado por una película detectivesca. Ahora me servirá. La apoyo en la sien... ¿Por qué...

Seguían unas líneas ininteligibles. Un desgarrón que denunciaba la pluma rota. Y, como rúbrica, una gotita de sangre que había dibujado en el papel, como un sarcasmo, la silueta roja de un busto de mujer...

Pedro Buey

Por ejemplo, cuando se pensó en llevar al cinematógrafo *La Dama de las Camelias*, una obra maestra de la literatura romántica francesa, un libro traducido a todos los idiomas y conocido por cualquiera que sepa deleitarse, hubo de pensarse, seguramente, en la responsabilidad artística que para una compañía productora de sólido prestigio representaría el fracaso en una adaptación.

La película cinematográfica basada en un libro cumbre, ha de ser, a su vez, una obra cumbre. Lo mediano en estos casos es el fracaso.

En *La Dama de las Camelias*, una actriz famosa de la pantalla, un temperamento anormal y enfermizo, la Nazimova, fué la designada para desenvolver el papel de esa gran figura doliente, de ese amor vívido y vibrante en un cuerpo moribundo.

Dumas hijo, tuvo una excelente intérprete. En vida del ilustre escritor, lo hubiera sido también para el teatro hablado; pero ahora, en el mundo, en la revelación cinematográfica de ese espíritu martirizado por la pasión y por la caricia cercana de la muerte, la gran actriz de silueta asiática y carácter complicado, los ojos de por sí brillantes por la fiebre de la inquietud, hallaron el marco para una obra excelente de la cinematografía, plasmada de una obra cumbre de la literatura.

Aurelio

## Comedias y comediantes

# La Dama de las Camelias

La adaptación cinematográfica de una obra literaria es labor más que difícil.

La actriz o el actor que han de reencarnar el personaje de la novela o de la pieza teatral tiene que andar con pies de plomo para que no fracase en su trabajo.

Porque no es difícil el triunfar en una ficción nueva, sin tradición; en una fábula relatada

ante el público por primera vez. En cambio, conseguir un triunfo en la adaptación de un libro

consagrado en el mundo entero y alabado y conocido por todos, es más que complicado.

La opinión ante una película nueva no tiene prejuicio alguno. Mientras que esa misma opinión ante la adaptación de un libro famoso, se muestra siempre del todo exigente.

**Novela Popular Cinematográfica** publica esta semana el argumento de la interesantísima película titulada *El telegrafista del pueblo*.

Esta película, basada en una obra del célebre novelista noruego Knut Hamsun, e interpretada por el gran artista sueco Eugenio Schonberg, constituirá uno de los más serios acontecimientos cinematográficos del año.

Como el tema de la obra es, además, entretenido y su desarrollo normal y lógico, el argumento que publica de ella **Novela Popular Cinematográfica** es uno de los más aménos de cuantos lleva publicados la popular revista, que es la preferida de cuantos, además de ver las películas, quieren tener de ellas una versión literaria acabada y en la que se señalen todos los detalles que ocurren en la pantalla.

**El telegrafista del pueblo** será, pues, uno de los éxitos de **Novela Popular Cinematográfica**, que tantos ha tenido ya.

No deje usted de leer este número de esta popular revista y será en lo sucesivo uno de sus colecciónadores, pues todo el que la lee la colección, para tener los mejores argumentos de las mejores películas.

# La Virgen de California

*La novela de una estrella del cinematógrafo*

por

**J. CALVO ALFARO**

(Continuación)

Hay muchos millones en este negocio... Por eso yo, instintivamente, hoy por hoy, siento cierta inquietud, un deseo intuitivo de no ponerme en frente de ninguno de estos pobres diablos rusos que, a veces, son capaces de mover palancas inesperadas.

Wallace James se encogió de hombros indiferente ante aquellos recelos. Payton leyó la carta, que decía en su párrafo final :

«No es una recomendación vulgar y oficiosa ; es un envío galante de arte y un tesoro de sentimentalidad. Norah Natkiewicz es una predestinada, y el mayor dolor, entre los crueles que estoy padeciendo, es no poder disfrutar yo de las primicias de este gran temperamento estético. Tomadla aunque sea para un puesto modesto de la «Norma». El oro del Cáucaso no padece los óxidos y pronto brilla entre la vulgaridad de los metales pobres y falsificados. Os lo dice un compañero vuestro que, aunque dolido hoy en un lecho de enfermo, en esta ciudad de los maravillosos dinamismos, podrá probároslo al correr de los días, que todo lo rehacen y todo lo reconstruyen.

»Vuestro agradecido colega

»PONISOWSKY, (Director de los «ballets» rusos del Hypodrom de Londres.)»

Wallace James lanzó una carcajada. Le hacía gracia aquel trato familiar, íntimo, de persons que se conocen toda la vida ; era un juego de malabar, una astucia sutil de prestidigitador que revelaba uno de esos temperamentos capaces de hacer eficaces y hasta reales las cosas más absurdas.

Lo cierto era que Ponisowsky les había conseguido intrigar, atrayendo su atención entre el cúmulo de misivas, hacia la fotografía que representaba una joven rubia, de tez transparente y ojos anormales.

Arthur Payton hizo volver su butaca de roble giratoria y dirigió una mirada curiosa al cristal cuadrado que permitía ver la amplia sala de espera.

Allí estaba sentada, en primera fila, entre el polícromado cuadro de mujeres de todos los colores, tonalidades y razas, la dama de cabello dorado de un rubio de oro mate y de ojos oscuros, casi negros.

—Pupilas pintadas, seguramente—insinuó Payton.—Esos contrastes en las mujeres suelen ser,

en la mayoría de las veces, artificiales. Unos ojos negros enmarcados en un pelo de oro, es un tesoro inapreciable para una mujer, sólo comparable con unas pupilas azules o verdes de esmeralda en un cabello de endrina. Ellas lo saben y por eso, si no tienen ese tesoro, lo crean.

Payton llenó su pipa de bruyere con la fibra rizada de un aromoso tabaco y añadió en seguida :

— Oh, la horrible fealdad de esos afeites !

Pero enmudeció en seguida, dándose cuenta de que se hallaba ante Wallace James, un cultívador de los afeites, las pomadas y los perfumes de tocador.

De nuevo Arthur Payton volvió a mirar, nervioso, la esferilla de su reloj.

Wallace James, como si las palabras del director le hubiesen herido en algo, se recostó negligente entre los muelles de su asiento.

Fuera se oía un murmullo sordo, como un lejano oleaje ; aleteo de una mariposa alrededor de la luz de una habitación silenciosa.

Las jóvenes hablaban entre sí en la sala de espera, comunicándose sus esperanzas y algunos, no todos, de sus proyectos.

## IV

Norah Natkiewicz se hallaba un poco avergonzada en la sala de espera de la «Norma».

Ahora, después de algunos meses de estancia en Nueva York, aparecía bajo un nimbo más depurado de espiritualidad.

Sus ojos brillaban con ese centelleo de diamante negro, peculiar en las pupilas febres. Las facciones de su rostro tenían una coloración vívida como de rosa de té nacida en el injerto de un granado. Sus facciones se habían afinado bajo el yugo de los contratiempos.

Norah había partido de Londres hacia algunos meses. No se despidió de Emilio Fontaura. Su adiós del Lyon fué su último adiós.

Después de poner un radiotelegrama al barco en que navegaba Ponisowsky con rumbo al nuevo mundo, avisándole que tomaba el primer vapor para seguirle y que había decidido partir sola, se embarcó decidida a dar una pauta completamente nueva a su vida.

Se dió cuenta perfecta de lo arriesgado de aquel paso, que torcía su destino hacia rumbos inesperados e inexplorados.

Abandonó a Londres una mañana gris y neblinosa. A pesar de la época del año, la monumental ciudad le había querido despedir de luto.

Se perdieron las islas esfumándose en el horizonte esponjoso, desapareciendo, hundiéndose o evaporándose como por obra de encantamiento.

Entonces se comenzó a dar cuenta Norah de que se hallaba sola en el mundo y que en lo porvenir no sentiría a su lado latir la tibia protección de un cariño.

Hizo la travesía martirizada por pensamientos inquietos y torturas de conciencia; sordos remordimientos que mantenían su espíritu sin esa armónica serenidad del deber cumplido.

Sólo la reanimaba y daba alientos y bríos la perspectiva de una prosperidad rápida. Conocía lo rápidamente que se triunfaba en América y la halagaba ser el centro auxiliar de los planes de su compatriota, en el que tenía puesta una fe ciega y casi de superstición.

Norah dejó jugar a la imaginación mientras el bello transatlántico, poderoso monstruo del mar, hendía las aguas azules con sus hélices de titán.

Soñó en la victoria artística y en la opulencia material. Flotaban las palabras de Ponisowsky como libélulas doradas, joviales y amorosas. Sería rica y célebre. Su pasado y su porvenir se unirían y los años ingratos y dolorosos de Londres serían sólo un paréntesis que se extinguiría pronto en su memoria, con la misma facilidad con que en la niebla lechosa se hundieron en lo desconocido del horizonte las islas británicas, como si hubieran subido al cielo, a mejor vida, o se las hubiese tragado el mar para hacer de ellas la maravilla oculta de un caracol.

La travesía fué un sueño de fiebre. Norah percibía ese dinamismo interior, vibraciones motrices que acusan en el cambio de rumbo o el comienzo de la marcha.

Ahora se sintió audaz Norah hacia la aventura. Su alma, arrancada de su lecho opulento de Rusia, se hizo nómada; adoraba la voluta azul de sus cigarrillos perfumados, que ascendía, retorciéndose, inquieta, voluble, contorneándose y retorciéndose en amorosa inquietud.

Y no obstante, una predestinación extraña de telepatía, de embrujamiento o llegada del mundo desconocido de la subconsciencia, parecía rozarle el oído con un murmullo de aviso.

Al llegar a Nueva York salió a recibirla Ponisowsky. Estaba pálido y tembloroso. Sus ojos, siempre vivos y optimistas, se hundían ahora en un anillo de bronce oxidado. En las tres o cuatro semanas que habían mediado desde la salida de Londres parecía haber adelgazado y daba la sensación de que sus músculos habían de saltar faltos de carne a quien disciplinar.

Sus primeras palabras fueron extrañas, dichas con la emoción de un exaltado inclinado a la locura, con ese tono vago, inconcreto con que flotan las palabras cuando nacen del volcán de las ideas en erupción.

—Perdóname, Norah. Debiste quedarte en Londres. Esto está horrible; hambre y miseria.

Norah quedó muda, fría, convertida en estatua de sal. Eran aquellas palabras raras, absurdas, fruto de un sueño. Decirla ahora que debía haberse quedado en Londres, apenas llegada, después de haber luchado tanto para convencerla de que partiera... era decididamente inverosímil.

Norah miró a su compatriota a los ojos, donde se mira siempre que en otro se quiere averiguar algo que se oculta.

Vió los dos anillos bronceados, un poco pavonados de azul. Vió las pupilas muertas, diluidas, en una mirada falta de voluntad; vió la armonía estética del bailarín, la silueta fuerte y tonificada por los peligros, deshecha, deshilvanada, rota.

Un momento recordó Norah la visión de Rusia. Miles de seres, horas antes alegres y poderosos, fuertes y optimistas, se derrumbaron en su país y llevaban en ellos el mismo sello de desviación, de aniquilamiento de la voluntad que veía ahora en Ponisowsky.

Con esa sucesión de sentimientos que une a veces un hilo lejano de nuestra imaginación con otro presente, Norah creyó, un momento, que había sobrevenido el caos en América; que todo se había derrumbado bajo el alud de una revolución social y que sólo se pisaba sobre escombros.

Su mirada se fijó en la gran estatua de la Libertad que, con su antorcha, parecía saludar al emigrante, diciéndole: «Aquí serás libre.» Había sonreido mientras el transatlántico avanzaba hacia la gran ciudad al pensar en la libertad, recordando los libros leídos con afición sobre ideas modernas. Y aquella enorme antorcha de bronce le hizo el efecto de unas grandes disciplinas, que más bien habían de servir para arrancar sangre.

—No te comprendo, Ponisowsky—dijo Norah.

Subieron a un automóvil que partió veloz después de las complicaciones oficiales del desembarque. Norah observaba a Ponisowsky con incertidumbre y miraba a su alrededor con recelo. Recordaba el ruido del cañón y del tiroteo, preámbulo de la jornada rusa. Esperaba ver aparecer al ejército rojo en alguna encrucijada de aquellas calles simétricas, de casas pródigas en ventanas, igual que monstruos de múltiples pupilas.

Ponisowsky estaba desplomado en su asiento y miraba a su alrededor con ojos desviados y muertos.

—¡La ruina! —gimió. —¡La ruina en el instante preciso del triunfo! —¡Es una obra de los israelitas! Yo lo dije siempre a mis compañeros: «Pactemos con ellos. Son gente poderosa...»

Norah no acababa de despertar. Aquellas palabras eran enigmáticas, casi absurdas.

—¡La ruina? —preguntó. —¿Y cómo? ¿Por qué?

—Todos nuestros bancos se desmoronan. Nuestra obra de años se viene abajo con estrépito.

(Seguirá)

sin cortedad alguna comenzó a arreglar sus cabellos.

—Se diría—dijo riendo—que estamos haciendo nuestro viaje de bodas. ¡Cuando yo le dije que no debía hacer nada como las demás personas!

—Lo repetiremos, en sentido inverso, dentro de... veamos: ¿cuánto tardaremos? ¿Tres semanas?... ¿Un mes?... Vendremos a instalarnos en Tolón. ¿Querrá usted? Buscaremos una casita...

—Con un jardín bien soleado. Yo no querré ver a nadie durante sus ausencias. Seré feliz si me permite tener conmigo a mi vieja Celeste, para tener a alguien con quien hablar de usted cuando usted no esté a mi lado.

Todo el viaje debía dejar en Renée la impresión de un sueño encantado.

Recordó largo tiempo el delicioso desayuno que ambos hicieron, solos, en una mesita del vagón restaurante, y la alegría comunicativa de Gerardo, que le hizo decir:

—Temo que no me ame usted mucho.

—¿Por qué, amor mío?

—Porque está usted muy alegre. El amor verdadero requiere más recogimiento.

—¡Oh, no! Esto demuestra que cada uno ama a su manera. Unos tienen el amor triste, otros exagerado, otros sentimental. Hay enamorados habladores, gruñones, celosos... Yo tengo el amor alegre porque soy locamente feliz.

—¡Me da usted miedo!

—¿Miedo?

—Está aún lejos la copa de nuestros labios. Acuérdese de su madre. Si responde...

—¡Cállese, por Dios! Mire aquella rosa que brilla sobre la hierba en el borde del talud. Mire aquellas vacas que rumian allá abajo. Mire el riachuelo que refleja los rayos del sol. ¡Qué hermoso es todo! Todo esto nos dice, amor mío, que la vida es bella, es

—No. Bastante me ha costado, se lo aseguro, partir de esta manera. Pero era preciso si quería evitar escenas inútiles que nos hubieran hecho mal.

—Sí, y que hubieran servido para perturbar, para hacer decir cosas irreparables que luego se lamenta haber dicho. Créame, querida, es mejor haber obrado así. Cuénteme lo que ha hecho hoy. Yo he pensado en usted cada minuto y temblaba a la idea de que no hubiese podido partir. El chofer ¿estaba en su puesto?

Renée contó sus preparativos y su fuga con todos sus detalles, sin olvidar el abandono de su anillo y de las menores joyas que había recibido de Nelson Clarke.

—Así, Gerardo—dijo ella,—cuando habré devuelto mi herencia, vendré a usted tal como soy. No tengo nada. Nada poseo: ni dinero, ni familia, ni aun un nombre. Nada. Nada más que mi amor...

—Y será usted la más rica y la más bella, porque será la más amada.

Gerardo besó con fervor las pequeñas manos desnudas en las que no brillaba más que el anillo de prometida, y dijo con tono emocionado:

—La hija de los Dogos ha abandonado por mí sus riquezas y sus atavíos. Por mí los ha arrojado al mar. ¡Por mí, que soy poco más rico que ella! Renée: ¿no le sabrá mal, con el tiempo, que le haya pedido este gran sacrificio? Cuando usted sea la esposa de un pobre marino, de un ambulante de océanos y países perdidos, forzado muchas veces a abandonarla; ¿no echará usted de menos...

Ella le cubrió la boca con su mano.

—¡Chist! Yo le amaré de lejos como de cerca. Ya que será mi destino esperarle, esperaré con paciencia el regreso de mi señor y dueño.

—¡Renée!

—Y me declararé satisfecha con tal que me traiga

todo su corazón. Créame, amigo mío: no podré nunca ser más pobre ni más abandonada de lo que he sido. Usted me ha hecho un don magnífico que sólo usted podía hacerme. ¿Adivina cuál es?

La respuesta fué estrecharla entre sus brazos.

Renée permaneció en ellos largo tiempo sin hablar, su hermosa cabeza pensativa apoyada en su espalda. Así miraron desfilar por la portezuela el paisaje, diferente a cada momento, que se cubría poco a poco con las sombras de la noche.

Renée se durmió así, con la confianza de un niño.

Entonces, con mil precauciones, Gerardo la extendió sobre el blando asiento, la cubrió con su manta, apoyó su cabeza en los almohadones y la miró largamente, depositando un casto beso en sus cabellos.

Sentóse ante ella. No tenía sueño.

Los pensamientos le temían desvelado.

Pensaba en el paso que iba a dar.

Lo más difícil sería confesar el oscuro origen de su prometida.

La señora de Prescilly, habiendo vivido siempre en un medio aristocrático, concedía la más alta importancia a la cuestión familiar. Por ello, el año anterior, había arreglado su casamiento con la señorita de Brionne, cuya familia constitúa una alianza de las más honorables, y aun no había perdonado a su hijo haber roto dicho compromiso con la excusa de que se consideraba demasiado joven para el papel de marido.

Era de temer qué la altiva condesa no se prestaría a dar su consentimiento para el matrimonio de Gerardo con una extranjera de origen tan sospechoso.

A Gerardo no se le ocurría que la lucha sería encarnada. Pero ¡cuál no era el premio de ella! Se inclinó un poco y miró a la joven dormida.

Sus largas pestañas sombreaban sus mejillas; su respiración acompañada entreabría sus labios rojos como un fruto; sus cabellos, desordenados por el vien-

to, formaban un nimbo radiante alrededor de su blanca frente y el óvalo de su rostro, de puras líneas. La fina mano se destacaba sobre el paño oscuro de su vestido. Había en ella una aristocracia evidente de formas y facciones. El atavismo, y no un mero capricho de la naturaleza, había formado la belleza de aquel rostro de líneas nobles y puras y la finura de aquellos miembros de contornos delicados.

—Que mi madre la vea tan solo—se decía Gerardo—y comprenderá que Renée es digna de entrar en nuestra familia, y tanto más cuanto que es tan noble de corazón como de facciones. No: jamás podré renunciar a ella.

Gerardo, sintiendo la necesidad de tranquilizarse a sí propio, se decía que le sería más fácil inclinar a su padrastro de su lado; había entre ellos una gran intimidad. Desde que Gerardo se había convertido en un hombre, René de Prescilly le había hecho su amigo. Gerardo podía hablarle con el corazón abierto, con mucha mayor libertad que a su madre, siempre alejada.

Un verdadero afecto, casi una camaradería, les unía. No eran padre e hijo, sino dos amigos a los que separaba una veintena de años y unía el común vivir.

Casi tranquilizado y confiado en su buena estrella, de la que no dudara jamás, Gerardo se durmió y tuvo sueños felices.

Era ya de día cuando despertaron. Desde sus respectivos puestos se tendieron las manos sonriendo.

—He tenido que mirarle bien para creer que era cierto—dijo Renée.

—Y bien cierto. Como lo será todos los días y todos los años.. ¿Me amará usted siempre?

—Siempre. ¿Y usted?

—También.

Renée se puso en pie, alcanzó su saco de viaje y

SI AUN DUDA USTED  
de que en el

# Programa Verdaguer

se encuentran las  
mejores producciones

de las manufacturas norteamericanas, alemanas e italianas, PIDA USTED la lista completa de las obras maestras de la cinematografía mundial que aparecen detalladas precisando marcas, títulos y artistas, sin promesas ambiguas.



Ningún EMPRESARIO O AFICIONADO al cinematógrafo debe ignorar la enorme cantidad de series, dramas, comedias y material cómico que para la presente temporada tiene dispuesta la

## CINEMATOGRÁFICA VERDAGUER, S. A.

Calle Consejo de Ciento, número 290

Teléfono 969 - A. — BARCELONA